

1848: la praxis revolucionaria de Marx y Engels

Pablo García

Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras

skapablo18@yahoo.com.ar

Resumen

Entre las obras fundamentales de los fundadores del marxismo se encuentran aquellas que consisten en análisis históricos concretos, como *Las luchas de clases en Francia* (1850) o *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1851-52), de Karl Marx; o *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (1851-52), de Friedrich Engels. El eje de dichos textos es el análisis político de los sucesos revolucionarios que ocurrieron en Europa entre 1848 y 1849. Dentro de este conjunto también podemos ubicar el texto *Circular del comité central de la Liga Comunista a sus afiliados* (1850), un documento político que busca realizar un balance del proceso revolucionario de los meses anteriores y establecer las perspectivas para un esperado próximo estallido. La importancia de los escritos mencionados está en el hecho de que en ellos se elaboran conceptos políticos nuevos que pasarían a ser fundamentales en la teoría marxista y la estrategia política revolucionaria: la *dictadura del proletariado* y la *revolución permanente*. El objetivo del presente trabajo es entonces mostrar el camino que recorren para llegar a la elaboración de estos nuevos conceptos.

Situación desigual de la política y la economía de Europa

El desarrollo del capitalismo había dado lugar a realidades muy variadas, desde la Inglaterra monárquica, con grandes cataclismos durante el siglo XVII, y un desarrollo económico de grandes proporciones; pasando por la Francia de la revolución de 1789-1815, que había liquidado el feudalismo y con esto, las trabas al desarrollo de la burguesía francesa y a la acumulación capitalista; hasta los estados alemanes, donde seguía predominando la lógica feudal con la nobleza controlando los resortes del poder, aunque en algunos lugares el capitalismo se había abierto paso y una pequeña burguesía se desarrollaba, aunque trabada por los obstáculos políticos. También tenemos casos como los de Italia, Hungría o Polonia, cuyo problema candente era la opresión nacional que sufrían a manos del imperio Habsburgo, con capital en Viena. Rusia, por su parte, desde el Congreso de Viena era la garante contra el liberalismo y cualquier oposición a las monarquías europeas luego de derrotado Napoleón Bonaparte.

Frente a este abanico de realidades, a mediados del siglo XIX estamos frente a un proceso de cambio muy profundo, de transición, es decir, de convivencia de elementos característicos de la sociedad de antiguo régimen con elementos propios de la sociedad nueva que había surgido y que en este momento entran en choques y crisis.

Una parte de lo nuevo tiene que ver con el desarrollo capitalista, que se manifiesta en el surgimiento y desarrollo del proletariado en algunas grandes ciudades europeas. Esta situación se puede observar con mayor nitidez en Inglaterra, en menor medida en Francia y también en algunas ciudades de Prusia, cuyo crecimiento económico venía dando pasos importantes en estas décadas. Siguiendo a George Rudé para el caso francés, tenemos que allí se habían desarrollado importantes industrias en las zonas del norte y el este, en particular en la actividad minera, la industria química, la tejeduría de seda, metalurgia, entre otras:

En 1847 se hallaban en uso 5000 máquinas a vapor, mientras que siete años antes sólo había 2000. También los ferrocarriles habían hecho su aparición en la década de 1840 y hacia 1850 se habían tendido ya 2000 millas de rieles y París tenía nuevos talleres ferroviarios en St. Denis y en la aldea de La Chapelle. Pero fuera de estas industrias, la <<revolución>> había progresado poco. (París) fuera de sus ferrocarriles y talleres de ingeniería, era aún una ciudad de manufactureros, obreros domésticos y pequeños artesanos. El pequeño taller, lejos de desaparecer, se había arraigado" (Rudé, 2009: 197-198).

Así, a diferencia de Inglaterra con su desarrollo de la gran industria y una proletarianización de grandes dimensiones para este período, Francia poseía una clase obrera en un estadio de desarrollo más embrionario. Esta clase obrera en formación vivía en condiciones muy duras, con oscuros sótanos como viviendas. Louis Blanc las describe de la siguiente manera:

Entrad en una de esas calles donde vive (el obrero) acorralado por la miseria. (...) Al otro lado de la entrada inclinada... hay un gran espacio oscuro, helado, cuyas paredes chorrean agua sucia, reciben aire de una ventana demasiado pequeña para dejar pasar la luz y demasiado mal construida para cerrar adecuadamente. Empujad la puerta y entrad, si el aire fétido no os hace retroceder. (...) Los hijos de esta clase pasan sus vidas en el lodo de los arroyos, hasta el momento en que pueden incrementar la riqueza de sus familias con unos céntimos por medio de un trabajo penoso y embrutece-

dor. Están pálidos, hinchados, marchitos, sus ojos enrojecidos y lacrimosos sufren infecciones escrofulosas que apenas les dejan ver, se diría que son de naturaleza completamente diferente de los hijos de los ricos (Cabeza Sánchez-Albornoz, 1998: 102).

Llegando a mediados del siglo XIX, desde el punto de vista de la situación económica se dan dos tipos de crisis distintas aunque combinadas, expresión de la transición que se desarrolla entre dos épocas, y que tienen su momento álgido en el año 1847. Por un lado, una crisis agrícola que se manifestó a partir de malas cosechas, escasez y hambrunas en Inglaterra e Irlanda, pero que también se extendió hacia otros lugares, como Francia, donde los precios del pan aumentaron generando una situación desesperada para la población. Por ejemplo, el precio del hectolitro de trigo aumenta de 17 francos en 1840 a 37 francos en 1847 mientras que la producción anual de papas cae de 76 millones de quintales en 1838, a 60 millones en 1845 y 1846 (Neré, 1991: 94-118). Al mismo tiempo, había en desarrollo una crisis industrial, de sobreproducción, que tuvo como una de sus consecuencias un elevado aumento de la desocupación. Esto afectó particularmente a Francia, que estaba embarcada en grandes planes de construcción de redes ferroviarias, y es uno de los elementos que explica la situación conflictiva en el año 1848:

Por primera vez la economía francesa conoce una dura crisis metalúrgica. (...) El plan establecía la rápida construcción del ferrocarril gracias a la aportación de capitales privados y de créditos del Estado. La era del hierro, la economía del hierro y del acero, comenzaba. (...) Pero al estallar la crisis las disponibilidades desaparecen, los créditos no tienen lugar y el plan tiene que ser suspendido. Se renuncia a casi quinientos millones de jornadas de trabajo, al precio de dos francos por jornada, como consecuencia de haberse aplazado las obras públicas. Esto provoca el hundimiento de la industria metalúrgica y de la minera. (...) en la industria textil, la disminución del salario es de alrededor del 30 por 100. Añadamos el paro como consecuencia del gran descenso de la producción y la disminución del poder de compra motivado por el alza del precio de los granos entre un 100 y un 150 por 100 (Fernández, 1976: 151-152).

Es importante aclarar que el desencadenamiento de una crisis económica no implicaba que automáticamente se produjera un estallido revolucionario. Esto se ve por ejemplo en el caso de Inglaterra o Bélgica, países en los cuales la crisis económica fue importante en este período, pero sin embargo no hubo insurrecciones cuando éstas se extendían como manchas de aceite por gran parte de Europa. Modesto Florenzano explica por qué en estos dos casos no había habido una crisis política en 1848:

Lo que ocurrió en Bélgica e Inglaterra fue que 1848 había sido resuelto en 1831 y 1832. La constitución belga de 1831 reunía todo lo que los liberales y burgueses podrían querer como forma ideal de gobierno: una monarquía constitucional, rígidamente limitada, que establecía el claro reconocimiento de la soberanía del pueblo, un legislativo bicameral, (...) un poder judicial (completamente independiente), un clero pago por el Estado (pero independiente de él), y una declaración de derechos de los ciudadanos sólidamente basada en los principios de 1776 y 1789. (...) En cuanto a Inglaterra, la Ley de Reforma, aprobada en 1832, al aumentar en un 50% el número de electores (...) y al reformar las circunscripciones electorales con base en la población, abrió camino legal para la clase media, la burguesía empresarial, finalmente, poder ser mayoría en el Parlamento. La reforma de 1832, eliminaba cualquier posibilidad de conflicto serio entre el capital agrario y el industrial y de una eventual alianza entre éste y la clase obrera (Coggiola, 1999: 4).

Así, mientras en revoluciones clásicas como la inglesa de 1648, o la francesa de 1789

se había producido una combinación de crisis económica y fractura política en la clase dominante, los casos de Bélgica e Inglaterra no sufrieron lo segundo en 1848. Pero como veremos más adelante, sí se produjo esta combinación de factores en Francia y Alemania, lo cual permite hablar de un proceso revolucionario abierto.

Marx y Engels, del liberalismo al socialismo científico

Sobre la base de esta coyuntura histórica es que se desplegará la actividad de Marx y Engels. Sus ideas surgieron en un contexto de grandes pensadores que fueron parte de una generación llena de ideas revolucionarias que recorrían Europa en la década de 1840. Ejemplos de esto eran Heine en Alemania, Proudhon y Blanqui en Francia, Mazzini en Italia o Kossut en Hungría. Si en un principio Marx y Engels se posicionaban dentro de las ideas de las organizaciones democráticas, es entre los años 1843-44 que estos jóvenes tomarían partido por las ideas del comunismo, en primer lugar descubriendo a la clase obrera como sujeto capaz de emancipar a la humanidad. Michel Lowy afirma lo siguiente al respecto:

(A los burgueses alemanes considerados ‘propietarios cobardes’) no se les podía atribuir el rol que la burguesía francesa había tenido en 1789. Pero, una vez excluida la burguesía, se planteaba la pregunta: ¿Quién podría emancipar Alemania? Para Bauer, es el ‘espíritu crítico’; para Ruge, nadie (...). El esfuerzo de Marx para encontrar una respuesta concreta a esta pregunta central y esencial hace que dirija su atención, ya en 1843, hacia la ‘humanidad sufriente’; pero es su llegada a París lo que aporta una respuesta clara y coherente, que se impone como una evidencia fulgurante e irrefutable: el proletariado es el que desempeñará ese rol revolucionario. (Lowy, 2010: 68)

Los motivos de fondo para tomar como propio el punto de vista del proletariado descansaban, siguiendo a Davidson, en que la clase obrera carecía de toda propiedad como producto del avance del capitalismo, lo cual convertía a la mayoría de la población en desposeída. Pero por otra parte, en ese proceso de desposesión y explotación, la clase obrera se veía llevada a actuar colectivamente como producto de la propia tendencia del capitalismo a concentrarla en grandes aglomeraciones y fábricas. Así, desposesión y concentración permitirían el tercer elemento importante en las reflexiones de Marx y Engels, la revolución, el momento en el cual la clase obrera toma conciencia de su posición y su función: “...solo en una revolución puede liberarse de la mugre ideológica acumulada a lo largo de siglos y ponerse en condiciones para refundar la sociedad desde el principio” (Davidson, 2013: 196-198).

Resulta que en los años anteriores el movimiento obrero venía produciendo importantes acciones, que pueden verse por ejemplo en la lucha del cartismo en Inglaterra, que con un programa democrático (sufragio universal) organizó multitudinarias manifestaciones obreras, una huelga general en 1842 y en su última gran oleada de luchas logró la conquista de la jornada de 10 horas en 1847. Pero además de Inglaterra también tenemos los casos de las grandes luchas de los trabajadores de Lyon en 1831, o los trabajadores de Silesia en 1844.¹ En este primer momento entonces podemos ver que la realidad concreta permitía darle forma a las ideas de Marx y Engels, y el desarrollo de las ideas les permitía orientarse en la práctica.

Cuando estallaron las revoluciones en 1848, ellos utilizarían el bagaje teórico desarrollado en los años anteriores para analizar los acontecimientos políticos del momento (desde *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels y las reflexiones de Marx en Francia con los *Manuscritos económico-filosóficos*, donde desarrollaron las ideas de explotación y alienación, pasando por la concepción más general del materialismo histórico en *La ideología alemana*, *Miseria de la filosofía* o *Trabajo asalariado y capital*). Es con esta acumulación teórica que ambos llegaron a la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848. Este último texto fue un punto de llegada en cierta medida, ya que sintetizaba el esfuerzo de sus autores por comprender y asimilar los resultados de la teoría en el mundo en el que vivían, pero también de la práctica, ya que estaban ligados a la clase obrera a partir de los trabajadores alemanes que trabajaban en otros lugares como Francia e Inglaterra y que constituirían la Liga de los Justos, posteriormente llamada Liga de los Comunistas (en junio de 1847). Este grupo proclamaba la necesidad del derrumbe de la sociedad existente por medios revolucionarios. Si en un principio su lema era "Todos los hombres son hermanos", bajo la influencia de Marx y Engels adoptaron el llamado del *Manifiesto*: "Proletarios de todos los países, uníos". Su forma organizativa también era una superación de las agrupaciones revolucionarias de períodos anteriores, ya que mientras éstas se habían visto obligadas por las circunstancias a actuar conspirativamente, la Liga planteaba su accionar y su propaganda de forma pública siempre que esto fuera posible.²

Los acontecimientos revolucionarios serían analizados por Marx y Engels desde las páginas de la *Neue Rheinische Zeitung* (NRZ), dedicándose el primero generalmente a la política alemana mientras el segundo, gracias al dominio de las lenguas y al conocimiento de las realidades extranjeras, seguía el curso de la revolución en otros países.

Revolución y en Europa

El estallido de la revolución se dio en varios lugares de manera simultánea, aunque por diferentes motivos: en Francia será política y social; unificadora en Alemania; patriótica en Hungría; pro independencia y unitaria en Italia; liberal progresista en España y disgregadora en Austria (Cabeza Sánchez-Albornoz, 1998: 9). En el caso de Francia, ya vimos antecedentes de crisis económica y social. En este sentido, sólo faltaba que asomara la crisis política para tener un cóctel explosivo. Los burgueses más lúcidos veían claramente la situación, como lo demuestra el discurso de Tocqueville en la Cámara de Diputados el 29 de enero de 1848:

Se dice que no hay peligro, porque no hay agitación. Se dice que, como no hay desorden material en la superficie de la sociedad, las revoluciones están lejos de nosotros.

Señores, permítanme que les diga que yo creo que están equivocados. (...) Miren lo que pasa en el seno de esas clases obreras, que hoy –lo reconozco- están tranquilas. Es verdad que no están atormentadas por las pasiones políticas propiamente dichas, en el mismo grado en que lo estuvieron en otro tiempo, pero ¿no ven ustedes que sus pasiones se han convertido, de políticas, en sociales? (...) ¿Y no creen ustedes que, cuando tales opiniones echan raíces, cuando se extiende de una manera casi general, cuando penetran profundamente en las masas, tiene que traer, antes o después –yo no sé cuándo, yo no sé cómo-, pero tienen que traer, antes o después, las revoluciones más terribles?

Ésa es, señores, mi convicción profunda: creo que estamos durmiéndonos sobre un volcán, estoy

profundamente convencido de ello... (Cabeza Sánchez-Albornoz, 1998: 109).

Si el 29 de enero Tocqueville llamaba al gobierno a que abriera los ojos frente a la crisis que se avecinaba, ésta finalmente estalló en febrero, cuando una rebelión de la burguesía en alianza con la clase obrera hizo caer al gobierno de Luis Felipe, quien se negaba a una reforma electoral por el sufragio universal. A continuación se formó un gobierno provisional compuesto por la gran burguesía, la pequeña burguesía, la oposición dinástica y grupos ligados a la clase obrera, con lo que quedaban en evidencia los intereses contradictorios del nuevo poder. Una manifestación de esta contradicción sería el conjunto de medidas adoptadas por el nuevo gobierno: la Comisión de Luxemburgo (una especie de parlamento que representaba el mundo del trabajo), el establecimiento de los Talleres Nacionales, que buscaban resolver el problema de la desocupación, y la creación de las Guardias Móviles (una fuerza de choque utilizada contra los obreros). Ya en el mes de marzo se ven los primeros síntomas de erosión de la alianza entre la burguesía y la clase obrera.

Mientras tanto, este proceso abierto en Francia pronto tendría eco en otros lugares. En marzo del '48 hubo estallidos revolucionarios en Viena, que tuvieron como consecuencia la caída del ministro de asuntos exteriores del Imperio austríaco, Metternich, y la concesión de algunos reclamos por parte del gobierno, aunque la monarquía y el aparato represivo siguieron en pie. También hubo luchas por reclamos nacionales en Hungría, sublevaciones en Milán y Venecia, regiones bajo dominio austríaco, y una rebelión en Prusia en la que la clase obrera en la calle derrotó a las tropas del gobierno.

Estas sublevaciones se profundizaron durante el mes de abril, provocando la huida del emperador austríaco y su reemplazo por un Comité de Seguridad Pública encabezado por la pequeña burguesía, mientras a su vez se producía una rebelión polaca en Posen contra la dominación prusiana. Esta última influyó en la crisis política en Francia, que durante este mes nos muestra al gobierno provisional avanzando en la represión de las manifestaciones obreras y en mayo también reprimiendo a las fuerzas de izquierda en el propio gobierno, luego de arduas discusiones sobre la ayuda o no a Polonia.

Durante mayo también se produjo un hecho importante en Prusia, con el surgimiento de la Asamblea Nacional de Francfort, con una mayoría de liberales moderados. Una asamblea que carecía de poder real y que deliberaba bajo el control de la Dieta Prusiana, representante del "antiguo régimen". En un artículo de junio del '48 Engels critica a la burguesía que dominaba la Asamblea de Francfort planteando que el pueblo luchó en las calles mientras que la burguesía en la Asamblea no hizo nada para afianzar la revolución (*NRZ*, núm. 1, 1 de junio de 1848).³ Este análisis lo profundizó en otro artículo en el que planteaba la contradicción de una asamblea constituyente surgida de un proceso revolucionario, pero que con su accionar iba en contra de ese mismo proceso:

Una Asamblea Nacional Constituyente debe ser, ante todo, una asamblea activa, es decir, activa en un sentido revolucionario. La Asamblea de Francfort se dedica a desarrollar tareas parlamentarias escolares, dejando actuar a los gobiernos. Supongamos que este sabio concilio lograra, tras maduras reflexiones, redactar el mejor orden del día y la mejor Constitución. ¿De qué servirían ambas cosas, si entre tanto los gobiernos pusieran a la orden del día las bayonetas? (*NRZ*, núm. 7, 7 de junio de 1848. Marx, Engels, 2006: 73).

También denunciaba en sus artículos el respeto de la legalidad por parte de la burguesía en lo que llamaban el “pacto” entre la burguesía y la corona en contra del pueblo y la revolución. Así, en uno de los análisis más brillantes realizados al calor de los acontecimientos, plantea Engels lo siguiente:

Los resultados de la revolución fueron: de una parte, el armamento del pueblo, el derecho de asociación, la soberanía del pueblo, arrancada de hecho; de otra parte, el mantenimiento de la monarquía y el ministerio Camphausen-Hansemann, es decir, el gobierno de los representantes de la alta burguesía.

Así pues, la revolución llegaba a dos resultados necesariamente contradictorios. El pueblo había vencido, había conquistado libertades de carácter claramente democráticas; pero el poder inmediato no estaba en sus manos, sino en los de la gran burguesía. (...) El pueblo había consentido la formación de un gobierno de grandes burgueses, y los grandes burgueses revelaron inmediatamente sus tendencias ofreciendo una alianza a la vieja nobleza prusiana y a la burocracia. (...) Por miedo al pueblo, es decir, a los obreros y al sector democrático de la población, la alta burguesía, siempre antirrevolucionaria, selló una alianza ofensiva y defensiva con la reacción (NRZ, núm. 14, 14 de junio de 1848. Marx, Engels, 2006: 99).

Esta es la gran “paradoja” de una revolución popular que arrebatada por la burguesía (ya que fue la alta burguesía quien tomó el poder, representada por los ministerios de Camphausen y Hansemann), termina sin resolver nada. Esa es una de las primeras lecciones que emergieron del análisis de la revolución alemana. Así, en el caso alemán la burguesía nunca terminó de romper con la nobleza, por lo que ésta se recompuso y pasó a la ofensiva. Esto se puede ver a fines de junio del '48 en la caída del ministerio Camphausen a manos de la reacción aristocrática en Prusia y la represión de la revolución en Italia por parte de los austríacos, con la complicidad de la burguesía alemana. O finalmente en el mes de agosto, cuando la Guardia Nacional austríaca reprimió las manifestaciones obreras.

La burguesía en la teoría y en la realidad

Estos artículos citados que datan de junio de 1848 muestran el accionar concreto de la burguesía en el propio terreno de lucha, por lo tanto ya no había sólo un diagnóstico o un pronóstico a comprobar en el futuro. Aquí se ve un contraste con los textos tempranos de Marx y Engels en los cuales, si bien ya desconfiaban del papel revolucionario de la burguesía, la cuestión aún no estaba zanjada en la práctica. Por eso en momentos inmediatamente anteriores a los estallidos (1847) podemos ver que Engels dejaba abierta esta hipótesis como una remota posibilidad en un texto llamado *El statu quo en Alemania* donde hace un recuento de las fuerzas existentes:

La nobleza está en declive, la pequeña burguesía y los campesinos son, por todas sus circunstancias, demasiado débiles, los obreros no están lo bastante maduros como para pretender aparecer como clase dominante en Alemania. Solo queda la burguesía [...] La burguesía es la única clase en Alemania que al menos ha hecho partícipes de sus intereses a gran parte de los propietarios industriales, de la pequeña burguesía, de los campesinos, de los obreros e incluso a una minoría de la nobleza y que los ha unido bajo su bandera. [...] La única pregunta que hay que hacerse es: ¿Está la burguesía obligada por necesidad a conquistar el dominio político desmantelando el status quo, y es

lo suficientemente fuerte, por su propio poder y la debilidad de sus oponentes, para poder hacerlo? Ya lo veremos (En: Davidson, 2013: 222).

Inclusive en una parte del propio *Manifiesto Comunista*, ya en 1848, se admitía la posibilidad de que la burguesía se pusiera a la cabeza de la lucha contra la reacción, afirmando lo siguiente: “En Alemania, en la medida en que la burguesía actúa revolucionariamente, el Partido Comunista actúa conjuntamente con la burguesía contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal de la tierra y la pequeña burguesía” (Marx, Engels, 1998: 83). Pero solo unos pocos meses después la realidad concreta sirvió como laboratorio a Marx y Engels, comprobándose en los hechos (mencionados más arriba) cuál fue la política de la burguesía frente a las diferentes clases sociales durante el proceso revolucionario alemán.

Otro proceso para analizar el rol jugado por la burguesía fue el caso francés, ya que durante febrero del '48 aquella derrocó a la monarquía en alianza con la clase obrera y estableció la Segunda República. Entre marzo y abril las masas lograron imponer reivindicaciones y estaban movilizadas. Pero ya en el mes de junio las movilizaciones se acrecentaron y el miedo de la burguesía a los trabajadores también. Frente a las penurias que no se terminaban de resolver se acentuaron los conflictos de clase y los trabajadores parisinos se levantaron finalmente contra los ataques del gobierno burgués.

Los textos de Marx y Engels, escritos mientras los acontecimientos se desarrollaban, muestran con detalle las acciones militares y el baño de sangre contra el proletariado francés. Desde la *Neue Rheinische Zeitung* desentrañaron el significado de los sucesos de junio, el heroísmo de los obreros y la miseria de la burguesía que masacraba a los insurrectos con Cavaignac a la cabeza:

La revolución de Junio es la primera que ha escindido realmente a toda la sociedad en dos campos enemigos (...) Ha desaparecido la unanimidad de la revolución de Febrero, aquella poética unanimidad llena de seductores engaños y de hermosas mentiras, tan dignamente personificadas por el elocuente traidor Lamartine (...) Los luchadores de Febrero combaten hoy los unos contra los otros y - lo que jamás hasta ahora había sucedido- no se conoce ya la indiferencia: todo hombre capaz de empuñar las armas toma realmente parte en la lucha, en las barricadas o delante de ellas (NRZ, núm. 28, 28 de junio de 1848. Marx, Engels, 2006: 136).

Respecto de la lucha entre los obreros y las tropas gubernamentales el día 23 de junio, nuestros autores decían:

Los obreros parisinos lucharon completamente solos contra la burguesía armada, contra la Guardia Móvil y la Guardia Republicana de reciente creación y contra las tropas de todas las armas y se comportaron con una extraordinaria valentía, comparable solamente a la brutalidad igualmente extraordinaria de sus adversarios (Marx, Engels, 2006: 140).

Sobre la jornada del 24 de junio:

Lo que más llama la atención en esta desesperada lucha, es la furia con que pelean los ‘defensores del orden’. Estos burgueses, que antes mostraban unos nervios tan delicados por cada gota de ‘sangre burguesa’ vertida y que el 24 de febrero se habían dejado llevar de arrebatos sentimentales ante la muerte de los miembros de la Guardia Municipal, abatían ahora a los obreros como a bestias salvajes (Marx, Engels, 2006: 146).

Sobre el 25 de junio:

La burguesía siente un odio cada vez más fanático contra los insurrectos, (...) no ha declarado a los obreros enemigos vulgares a quienes se derrota, sino enemigos de la sociedad a quienes se extermina". (...) "Los burgueses abatían cuanto encontraban por delante. En la noche del 24 fueron fusilados en la avenida del Observatorio, sin formación de proceso, más de 50 insurrectos prisioneros. 'Es una guerra de exterminio', escribe un corresponsal de la *L'Independance Belge*, a pesar de tratarse de un periódico burgués. (...) Los burgueses no querían ni oír hablar de moderación. Aún a riesgo de que los bombardeos destruyeran una parte de sus propiedades, estaban dispuestos a acabar de una vez por todas con los enemigos del orden, los saqueadores, bandoleros, incendiarios y comunistas (NRZ, núm. 29, 29 de junio de 1848. Marx, Engels, 2006: 147-148).

A medida que avanzaban con las descripciones del desarrollo del proceso político, Marx y Engels iban sacando las conclusiones que se desprendían de él. Por ejemplo, Marx intenta mostrar el lado "positivo" de la tragedia de junio, al dejar en evidencia el verdadero rostro de la burguesía sin rastro de duda:

El triunfo momentáneo de la fuerza bruta se ha pagado con la destrucción de todos los engaños e ilusiones de la revolución de Febrero. (...) aquella *Fraternité* proclamada en Febrero y estampada en grandes caracteres sobre la frente de París, en las fachadas de todas las cárceles y de todos los cuarteles, revela ahora su verdadera, auténtica y prosaica faz, que es la guerra civil bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital (Marx, Engels, 2006: 166).

En el mismo texto Marx hace una diferenciación entre la revolución de febrero como la "revolución hermosa" y la revolución de la "simpatía general" porque las contradicciones que había estaban en germen en la lucha común contra la monarquía, y plantea que la de junio fue la "revolución fea", porque las frases habían sido reemplazadas por la realidad, y la realidad era que la burguesía no podía resolver, por su propia naturaleza explotadora, las demandas de la clase obrera:

Ninguna de las numerosas revoluciones hechas por la burguesía francesa desde 1789 había atentado contra el orden, pues todas dejaron en pie la dominación de la clase, la esclavitud de los obreros, el orden burgués, por muy frecuentemente que cambiara la forma política de esta dominación y de esta esclavitud. Pero la batalla de Junio sí ha atentado contra este orden. ¡La maldición caiga sobre ella! (Marx, Engels, 2006: 167-168).

Así, el mes de junio fue el momento clave de la revolución por el hecho de romperse el frente que actuó unido en el momento de las rebeliones comenzadas en febrero-marzo y por ser también el inicio de una etapa de reacción contra las fuerzas revolucionarias en toda Europa. Esto, como vimos, se observa claramente en Francia, mientras que en Alemania las luchas desde el principio fueron limitadas por parte de la burguesía debido al temor al proletariado, que ya desde la rebelión de Silesia había mostrado de qué era capaz.

Contrarrevolución

Tres meses después de la derrota del proletariado parisino y del fuerte retroceso que

venían sufriendo las fuerzas revolucionarias, Engels intenta sacar conclusiones generales de la situación en Europa. Dice:

¿Cómo explicarse las continuas victorias de la causa del ‘orden’ en todos los puntos de Europa; cuáles son las causas de la serie innumerable de derrotas sufridas por el partido revolucionario en Nápoles, Praga y París hasta Milán, Viena y Francfort? La explicación está en que todos los partidos saben que la lucha que se prepara en todos los países civilizados es una lucha completamente distinta e incomparablemente más importante que todas las revoluciones anteriores, porque tanto en Viena como en París, en Berlín y en Francfort, en Londres y en Milán, se trata de derrocar el poder político de la burguesía; de una revolución cuyas consecuencias inmediatas llenan ya de espanto a todos los burgueses acomodados y especuladores. (*NRZ*, núm. 108, 21 de septiembre de 1848. Marx, Engels, 2006: 326).

Aquí ya vemos una evolución de sus concepciones teórico políticas, ya que si hasta enero del ‘48 estaba abierta la posibilidad de que la burguesía actuara revolucionariamente, a partir de junio esto quedaba completamente descartado, repitiéndose el diagnóstico en el caso de la cita anterior, del mes de septiembre. En octubre, Engels se encontraba en París y en su diario de viaje daba su impresión de cómo había cambiado esa ciudad en unos pocos meses desde la última vez que él había estado allí la primavera anterior:

Entre el París de entonces y el de hoy se interponían el 15 de mayo y el 25 de junio, se alzaba el más espantoso combate que había presenciado el mundo, se abría un mar de sangre, yacían quince mil cadáveres. Las granadas de Cavaignac habían acabado con la insuperable alegría parisina; habían enmudecido la Marsellesa y el Chant du Départ y sólo los burgueses musitaban entre dientes su Mourir pour la Patrie, mientras los obreros, hambrientos y sin armas, rechinaban los dientes en contenida cólera. Después de pasar por la escuela del estado de sitio, la retozona república se había convertido en seguida en una republiquita honesta, mansa, de buenos modales, moderada. Pero París estaba muerto, ya no era París (Mayer, 1979: 313).

Para este momento, ya no quedaba ningún margen de duda sobre el papel de la burguesía en este proceso revolucionario. Se planteaba de forma clara la lucha abierta del proletariado contra una burguesía que ya no podía ofrecer nada más que sangre y fuego. En todo caso, las diferencias entre las burguesías europeas eran de grado, respecto de qué tan pusilánimes podían ser en su acción política frente a los desafíos del momento. En octubre del ‘48, luego de la toma de la ciudad de Viena por los ejércitos monárquicos, el restablecimiento del orden y la restauración de la monarquía absoluta, Marx escribió un artículo acerca de la diferencia de las burguesías francesas y alemanas frente a la revolución y sus caminos divergentes incluso coincidiendo en que ambas eran contrarrevolucionarias:

En Francia, la burguesía se puso a la cabeza de la contrarrevolución, una vez que hubo derribado todas las barreras que se oponían a la dominación de su propia clase. En Alemania marcha, presionada, a la zaga de la monarquía absoluta y del feudalismo, antes de haber asegurado ni siquiera las primeras condiciones de vida de su propia libertad y dominación burguesas. En Francia, se levantó como déspota e hizo su propia contrarrevolución. En Alemania se comporta como esclava y hace la contrarrevolución de los déspotas que la humillan. En Francia, triunfó para sojuzgar al pueblo. En Alemania se sojuzga a sí misma, para evitar que el pueblo triunfe. No hay en toda la historia nada más lamentable ni más ignominioso que la burguesía alemana (*NRZ*, núm. 136, 7 de noviembre de

1848. Marx, Engels, 2006: 344).

Al igual que Engels, Marx planteaba que detrás de las derrotas en toda Europa estaba la traición de la burguesía, afirmando que a diferencia de febrero y marzo, cuando las armas fracasaban porque representaban sólo a los gobiernos, luego de junio la fuerza armada triunfaba porque se hallaba la burguesía en connivencia con ella, en contra de la revolución.

En uno de sus artículos más conocidos, llamado “La burguesía y la contrarrevolución”, Marx compara las revoluciones en Inglaterra en 1648 y en Francia en 1789 con la acontecida en 1848 en Alemania, mostrando cómo a diferencia de los dos primeros casos en los que la burguesía había acaudillado al conjunto del pueblo contra la nobleza y la monarquía, la burguesía alemana se había visto arrastrada por una revolución que no quería, por un pueblo que no quería dirigir y por unas tareas que no quería ni podía cumplir. Mientras las burguesías inglesa y francesa habían transformado la sociedad europea por completo, desarrollando sin trabas la propiedad burguesa sobre la propiedad feudal, la revolución en Prusia no era más que “*la desmadrada repercusión de una revolución europea en un país atrasado. En vez de adelantarse a su siglo, iba a la zaga de él en más de cincuenta años*”. En uno de los párrafos más brillantes del mencionado artículo Marx muestra las lecciones históricas que el proceso del '48 representa:

Mientras que las revoluciones de 1648 y 1789 se enorgullecían hasta lo indecible, considerándose el summum de la creación, el orgullo de los berlineses de 1848 se cifraba en representar un anacronismo. Su luz era como la de esas estrellas que llega a los habitantes de la tierra cien mil años después de haberse extinguido los cuerpos que la irradiaron. La revolución prusiana de Marzo era, en pequeño como todo, una de esas estrellas para Europa. Su luz era la luz emanada del cadáver de una sociedad de largo tiempo atrás putrefacto (NRZ, núm. 169, 15 de diciembre de 1848. Marx, Engels, 2006: 377-378).

Con esta caracterización demoledora es que terminaría planteando que no había posibilidad alguna para esta burguesía de lograr una revolución “puramente burguesa” como las de 1648 o 1789 y afirmaría que la alternativa era o la contrarrevolución feudal-absolutista o la revolución republicano-social, es decir, la revolución proletaria.

Unas semanas después, analizando el panorama europeo y el papel clave de Inglaterra como país más importante del capitalismo y Francia como el país más importante desde el punto de vista del proletariado, Marx afirmaba:

[La liberación de Europa se halla condicionada] por el levantamiento victorioso de la clase obrera francesa. Pero toda revolución social en Francia se estrella necesariamente contra la burguesía de Inglaterra. (...) Y la vieja Inglaterra sólo se verá derrocada por una guerra mundial. (...) Y toda guerra europea en que se vea envuelta Inglaterra será una guerra mundial. Se libraré en el Canadá y en Italia, en las Indias orientales y en Prusia, en África y en el Danubio. Y la guerra europea será la primera consecuencia a que conducirá la revolución obrera victoriosa en Francia. (...) Levantamiento revolucionario de la clase obrera francesa y guerra mundial: he allí el programa con que se abre el año 1849 (NRZ, núm. 184, 1 de enero de 1849. Marx, Engels, 2006: 415-416).

Así, vemos que a pesar de las derrotas sufridas por la revolución a lo largo de los anteriores seis meses desde junio de 1848, Marx y Engels todavía veían posibilidades de que

la revolución levantara cabeza, y en esa perspectiva, la clave era el proletariado francés. El biógrafo de Engels, Gustav Mayer sostiene que hasta la elección de Luis Napoleón (diciembre de 1848), e incluso hasta las elecciones reaccionarias de mayo de 1849, Marx y Engels esperaban un reavivamiento de la revolución europea mediante una nueva erupción del volcán de París (Mayer, 1979: 309). En esos meses las dificultades de ambos se acrecentaron debido a la escasez de fondos para mantener la continuidad de *Neue Rheinische Zeitung* y a las persecuciones políticas a las que fueron sometidos. En febrero de 1849 sufrieron procesos judiciales por sus artículos escritos y por las posiciones políticas levantadas en el periódico. En dichos procesos judiciales utilizaron su derecho a defensa como tribuna contra la monarquía y finalmente fueron absueltos.

Un momento importante fue abril de 1849, ya que fue cuando Marx y otros comunistas se retiraron del Comité regional de los demócratas renanos. Es decir, fue el momento en el que buscaron organizar a los obreros con total independencia de cualquier grupo burgués, una ruptura definitiva con la burguesía y el comienzo de la creación de un partido obrero que se lograría meses más tarde con la reorganización de la Liga de los Comunistas en Londres, de la cual saldría la *Circular* de marzo de 1850, que exponía la política y las tareas de la Liga frente al nuevo estallido revolucionario que consideraban inminente.

Lecciones de 1848

Luego de este recorrido, y ya en el exilio, Marx y Engels volverían a escribir sobre las lecciones de 1848 en las obras clásicas mencionadas en la introducción. Cabe destacar que su interés principal estribaba en esclarecer las características de la situación política y social que les tocaba vivir para poder “afinar” la puntería de sus caracterizaciones y que ellas sirvieran como una guía para una acción superior. Ni *Las luchas de clases en Francia*, ni *El 18 Brumario*, ni *Revolución y contrarrevolución en Alemania* eran obras de intelectuales que sólo gustaban de divagar o demostrar erudición. Eran libros de combate que sacaban conclusiones políticas y que a su vez estaban acompañadas por documentos políticos que utilizaban dichas conclusiones como una guía político-programática y como nuevos puntos de partida revolucionarios. Entre estos últimos tenemos los casos de la mencionada *Circular del Comité Central de la Liga Comunista*, publicada en marzo de 1850, y el *Reglamento de la sociedad universal de los comunistas revolucionarios*, de abril de 1850.

En la *Circular* se buscaba preparar al movimiento obrero para la siguiente etapa de la revolución que esperaban en un plazo cercano, advirtiendo que el papel traicionero que en 1848 tuvieron los liberales burgueses, en la próxima revolución lo tendrían los pequeño-burgueses democráticos. Por lo tanto planteaban que había que desenmascarar a la democracia y constituir un gobierno de trabajadores revolucionarios:

A fin de que este partido (el demócrata), cuya traición a los obreros comenzará –dice la Circular- con la primera hora de la victoria, se vea imposibilitado de llevar a cabo su nefasta obra, es necesario armar y organizar al proletariado (...) con sus propios jefes y su estado mayor, ponerlo bajo las órdenes, no del gobierno, sino de las autoridades revolucionarias nombradas por los obreros (...) No deben ser apartados de su camino hacia la independencia proletaria por la hipocresía de la pequeña

burguesía democrática. Su grito de guerra tiene que ser: ¡Revolución permanente! (Marx [et.al], 2013: 49).

Por su parte, el *Reglamento* era un intento de base programática que buscaba lograr la unificación de las corrientes comunistas dentro del movimiento obrero europeo. Siguiendo a Quiroga y Gaido, este documento intentaba expresar una nueva orientación programática para las organizaciones proletarias de Europa y a su vez fue el primer intento de conformar una internacional obrera, aunque entraría en crisis unos meses después, y por lo que habría que esperar hasta 1864 para lograr poner en pie una organización internacional del movimiento obrero con la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores. Es del mayor interés reproducir los primeros dos artículos del documento:

Artículo primero: El objetivo de la asociación es el derrocamiento de todas las clases privilegiadas, el sometimiento de dichas clases a la dictadura del proletariado, manteniendo la revolución en permanencia hasta la realización del comunismo (...) Art. 2. Para contribuir a la realización de dicho objetivo, la asociación formará lazos de solidaridad entre todas las fracciones del partido comunista revolucionario, haciendo desaparecer, conforme al principio de la fraternidad republicana, las divisiones de nacionalidad (Quiroga, Gaido, 2012: 218).

Aquí ya se puede observar la mención de la dictadura del proletariado como horizonte y la revolución en permanencia como tarea necesaria para los revolucionarios comunistas, en una acción política que no podía ser más que internacional.

Conclusión

Podemos afirmar que la clave de este análisis está en comprender que las ideas no se encuentran ni se desarrollan por fuera de la realidad de la que surgen, sino que ambas están interrelacionadas y se influyen mutuamente. Así, la revolución iniciada en 1848 se produce en un contexto en el cual se venían dando innumerables discusiones de ideas por parte de grandes intelectuales, entre los cuales destacaban Marx y Engels. Ellos además analizaban la situación mientras participaban de ella como militantes. Pero si la teoría era un mapa que los guiaba en la acción, la revolución misma puso a prueba esas ideas y aportó importantes lecciones a nuestros revolucionarios; la realidad sacudió el mundo de las ideas y a partir de reflexiones posteriores permitió un importante avance teórico. Vemos entonces en los documentos mencionados, cómo la teoría revolucionaria se enriqueció con nuevos y muy importantes conceptos a partir de la intervención de Marx y Engels en la lucha política, tanto desde las mismas barricadas en algunos momentos, como desde el periódico revolucionario. Finalmente esos avances teóricos serían nuevas herramientas que se sumaban al acervo desarrollado hasta entonces para entender la realidad y actuar sobre ella de allí en adelante. La praxis en esta primera etapa del movimiento obrero permitiría pasar al siguiente nivel, en el cual nuestros jóvenes revolucionarios seguirían aportando sus energías incansablemente frente a los nuevos desafíos por venir para el movimiento obrero.

Notas

¹ La rebelión de Lyon fue una de las primeras grandes insurrecciones obreras en Francia, ocurrida en noviembre de 1831, cuando cuarenta mil obreros luchan contra la miseria que sufrían y en esa lucha terminaron derrotando a las fuerzas represivas y tomando la ciudad por varios días. El lema de los proletarios rebeldes era: "Vivir trabajando o morir combatiendo". Frente a esta situación, el ejército nacional realizó una fuerte represión que terminaría derrotando a los insurrectos, con un saldo de seiscientos muertos y diez mil desterrados. Pero a pesar de la derrota, el símbolo de Lyon marcó a Francia por mucho tiempo. Por su parte, el levantamiento de los obreros tejedores de Silesia se dio en junio de 1844, como consecuencia de la desocupación y los bajos salarios que sufrían, y por la represión sufrida ante sus quejas. En el momento de mayor envergadura el levantamiento reunió alrededor de tres mil obreros que sólo fue sofocado por una fuerte acción de la infantería enviada por el gobierno prusiano.

² La vieja Liga de los justos ofrecía la particularidad de que, como federación, era secreta, aún cuando sus secciones (...) eran legales y actuaban a plena luz del día.

En el seno de la 'Asociación de Obreros Alemanes', habrían de enfrentarse las dos concepciones, pues uno de sus miembros más influyentes, Wilhelm Weitling (que era entonces el jefe espiritual de la Liga de los Justos, y que no tardó en ser alejado de la Asociación), apenas admitía una forma de propaganda, la de las sociedades clandestinas de conspiradores, en tanto Marx exigía que se pusiese fin a la propaganda secreta y que se transformasen las limitadas agitaciones subterráneas en un vasto y visible movimiento de masas (Ver: Coggiola, 1998: 46).

³ En: Marx, Engels, 2006: 43. Todas las citas de este periódico pertenecen a esta publicación.

Bibliografía

Cabeza Sánchez-Albornoz, Sonsoles (1998) Los movimientos revolucionarios de 1820, 1830 y 1848 en sus documentos, Barcelona, Ariel.

Coggiola, Osvaldo (1998) "150 años del Manifiesto Comunista", *En defensa del marxismo*, N° 19, Bs As, Rumbos.

Coggiola, Osvaldo (comp.) (1999) *Manifiesto Comunista. Ontem & hoje*. USP.

Davidson, Neil (2013) *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona, Pasado y Presente.

Engels, Friedrich (1974) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Bs. As. Editorial esencias.

Fernández, A (1976) *Historia contemporánea*, Barcelona, Vicens Vives.

Lowy, Michel (2010) *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Bs. As. Herramienta.

Marx, Karl (2004) *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Bs. As., Colihue.

Marx, Karl; Engels, Friedrich (1955) *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras.

Marx, Karl; Engels, Friedrich (1998) *Manifiesto Comunista*, Barcelona, Crítica.

Marx, Karl; Engels, Friedrich (2006) *Las revoluciones de 1848*, México, Fondo de cultura económica.

Marx, Karl; Engels, Friedrich (2014) *La ideología alemana*, Madrid, Akal.

Marx, Karl [et. al.] (2013) *Programas del movimiento obrero y socialista. Desde el Manifiesto comunista hasta nuestros días*, Bs. As., Rumbos.

Mayer, Gustav (1979) *Friedrich Engels: una biografía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Neré, Jacques (1991) *História Contemporânea*, Río de Janeiro, Editora Bertrand Brasil.

Quiroga, Manuel; Gaido Daniel, "Karl Marx sobre la dictadura del proletariado y la revolución en permanencia. Dos documentos de 1850", *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I - n° 1 – Septiembre de 2012. Bs As., pp. 213-221.

Rudé, George (2009) *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI.